

cabo, un desarrollo ulterior de aquella perspectiva filosófica que fue el orteguismo en sus etapas argentinas a través de su inserción en el contexto cultural rioplatense y del desvelamiento de las múltiples relaciones que su figura –y también su obra y su pensamiento– establecieron con los agentes intelectuales de aquel mismo campo cultural.

Frente a quienes siguen empeñados en llenar páginas sobre el supuesto “silencio” de Ortega, este último libro de Marta Campomar aporta datos suficientes sobre lo que Ortega dijo y dejó de decir desde que salió de España hasta que volvió a ella, centrándose, sobre todo, en los años más amargos de su vida, que sin duda fueron los transcurridos en Argentina desde agosto de 1939 a

marzo de 1942. Insistir aún en el “silencio” es rendirse a la vieja idea de querer hacer de Ortega algo distinto de lo que efectivamente fue. Pero esto es índice de un modo de entender y de ejercer el estudio de la filosofía que tiene poco que ver con el magisterio orteguiano. Y no es que éste deba ser necesariamente acogido, pero sí respetado. Conviene evitar la mala costumbre de seguir dando lecciones a Ortega, porque ni han sido pedidas ni son del caso. Y este libro de Marta Campomar, de manera eficaz, da un paso más en el camino de restituirnos un hombre y una acción intelectual en lo que efectivamente fueron y no en lo que dejaron de ser o no llegaron a ser o a alguien le hubiera gustado que fueran. Honor al mérito.

## PENSAR HUMANAMENTE\*

ORTEGA Y GASSET, José: *Ortega y Gasset. ¿Qué significa vivir humanamente?* Santiago de Chile: Editorial Universitaria (Colección: El saber y la cultura), 2015, 189 p.

ISABEL FERREIRO LAVEDÁN  
ORCID: 0000-0003-2841-6078

Jorge Acevedo Guerra es profesor titular de la Universidad de Chile. Editor de *Apuntes acerca del pensar de Heidegger* de Francisco Soler (1983) y de *Filosofía, Ciencia y Técnica* de

\* Este trabajo se integra en los resultados del proyecto de investigación FFI2013-48725-C2-1-P, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

Heidegger (1997). Coautor de *La palabra liberada del lenguaje. María Zambrano y el pensamiento contemporáneo* (Barcelona, España, 2013), de *Reflexiones en filosofía contemporánea* (Buenos Aires/Bogotá, 2013), de *La técnica ¿orden o desmesura?* (Puebla, México, 2009) y de *Humberto Giannini: pensador de lo cotidiano* (Santiago, Chile, 2010). Entre sus libros cabe destacar *Ortega, Renan y la idea de nación* (Santiago, Chile, 2014) y *Hombre y Mundo. Sobre el punto de partida de la filosofía actual* (1984), obra por la que obtuvo el Premio de Ensayo de la Municipalidad de Santiago de Chile.

El presente libro del profesor Acevedo es una buena oportunidad para que el lector pueda acceder de forma amena y

### Cómo citar este artículo:

Ferreiro Lavedán, I. (2016). Pensar humanamente. Reseña de “Ortega y Gasset. ¿qué significa vivir humanamente?” de Jorge Acevedo Guerra. *Revista de Estudios Orteguianos*, (33), 231-235.  
<https://doi.org/10.63487/leo.323>

Revista de  
Estudios Orteguianos  
Nº 33. 2016  
noviembre-abril

sencilla a reflexionar acerca de los grandes temas que conciernen a lo humano, gracias a la claridad y concisión con que está escrito. Se trata de un libro en formato bolsillo, tan ligero como su lectura, que reúne, en tres partes, diez trabajos de un profesional que, con un manejo excepcional de los problemas filosóficos, no pierde el tiempo y no se lo hace perder al lector, a la hora de reflexionar acerca de un buen número de cuestiones de calado que, sin duda, le abrirán caminos, quizás vislumbrados pero no tan expresamente nombrados.

Es, así, un libro recomendable para los interesados en particular en la obra de José Ortega y Gasset, tanto a modo de introducción, por cuanto ofrece un panorama de la variedad y riqueza de los asuntos tratados en ella; como también para los más especialistas en su obra y en la filosofía en general, pues encontrarán análisis de igual profundidad que concreción. En suma, es un raro libro que tiene la habilidad de hacer disfrutar a propios y extraños de la aventura de pensar.

Cada parte del libro, "Ser y vida humana" con cinco capítulos, "Filosofía" con dos, y "Historiología y Estimativa" con tres, nos va llevando a buen ritmo y coherencia por muy grandes temas con no menos grande gusto. La vida humana, la libertad, la cultura, las creencias, el lenguaje, la psicoterapia, la ocupación filosófica, la misión de la universidad, la historia, el enigma, la teoría de los valores, serán abordados entre otros.

Así el profesor Acevedo destacará al comienzo cómo el concepto clave orteguiano de vida humana se nos aparece en contraposición con la noción tradicio-

nal de substancia en el contexto del más clásico asunto de la filosofía: la cuestión del ser. De modo que parte el autor de señalar que el Ser en Ortega es la vida humana, y que con este planteamiento sin duda innovador, Ortega no pretende una innovación absoluta, ya de base porque su filosofía a la altura de su tiempo incluye las anteriores, y más en particular porque son muchos los precedentes filosóficos a que se referencia, tales como Dilthey o Nietzsche, como en general del gran precedente que es el hombre común, en tanto creador de los lenguajes, pensamientos, mundos.

También destaca con acierto el autor que Ortega tampoco se encierra en la palabra "vida", simplemente le parece menos ensombrecida que la palabra "ser" que tiene excesiva carga semántica; a la vez que le resulta más abierta que la de "substancia", en tanto aquello que se basta a sí mismo. Y, si bien Ortega postula un ser menesteroso pero que sin embargo es, esto no le lleva a rechazar como un puro error lo autárquico o suficiente, lo cual "nos podría ayudar a comprender otras realidades o, tal vez, otros planos de la vida" (p. 27). De modo que, sin tanta carga semántica como tiene la palabra "Ser", parte de que "la vida es sólo el ámbito de comparcencia del resto de lo que hay" (p. 57).

Con todo, como señala Acevedo, para Ortega la vida es drama, por cuánto supone constante quehacer; a la vez que aventura, por su incertidumbre e inseguridad sustancial. De forma que todo quehacer supone asumir un riesgo, como asumir también, junto a Heidegger, que el enigma que supone no saber de

dónde venimos ni a dónde vamos persiste siempre.

Y si bien el hombre es libre en tanto elige entre posibilidades, no obstante está condicionado por factores naturales, psicosomáticos y sociohistóricos, como también por factores metafísicos. Respecto a éstos, destaca Acevedo la cita de Ortega de 1932: "Yo sospecho que (...) el hombre descubrirá, otra vez –¡por fin!–, que no está solo, que hay en torno de él poderes extraños y distintos de él con quienes tiene que contar, y que hay sobre él poderes superiores bajo cuya mano, pura y simplemente está" (p. 62). Y esto inefable lo hallamos tanto en lo de poca monta como en lo más complicado y sublime (p. 72). De ahí que el hombre se encuentre con esa cosa rara, a modo de voz interior o vocación, que condiciona su libertad por cuanto le llama a cumplir con su auténtico destino, y lo único que le cabe es negarse a hacer eso que siente que tiene que hacer (p. 66), sin poder evitar que esa extraña llamada persista.

Asimismo, señala el profesor Acevedo, que el lenguaje está limitado por una frontera de inefabilidad. Por un lado, está limitado por lo que no se puede decir en ninguna lengua, porque no es susceptible de ser dicho. Y, por otro, porque también callamos lo consabido, dentro de lo cual está el sistema de creencias que opera de fondo en todo acto, en todo nuestro vivir. Así, cada lengua es una ecuación entre manifestaciones y silencios (p. 75), y suele pasar que a medida que la conversación se ocupa de temas más importantes, va aumentando su imprecisión, hasta el punto de que nos malentendemos mucho más que

si mudos nos ocupásemos de adivinarnos (p. 83). Por tanto, se da la paradoja de que si bien el lenguaje está movido por la aspiración de no necesitar interpretación, la palabra es inseparable de quién la dice, de a quién la dice y del contexto en que la dice, lo que implica interpretar, espontánea o deliberadamente; y finalmente, entender es operación que depende más de la voluntad que del entendimiento.

De modo que cuanto ocupa al hombre es faena utópica, lo cual no cabe a ojos de Ortega, como destaca Acevedo, más que asumirlo. Así, ve Ortega absurda la postura del mal utopista que, al considerar lo deseable posible, trata de corregir la realidad para adaptarla a sus deseos. Y encuentra más razonable, por más ajustado a la realidad, partir de que sólo podrá lograr aquello que se proponga en grado aproximado (p. 86).

Una ocupación por excelencia humana es la filosofía, ocupación que mantiene con extraña continuidad, como destaca el autor, desde el siglo VI a. C., pero que tanto en su origen, como en sus constantes revisiones, está ligada a dudar, a poner en cuestión por principio las opiniones tradicionales. Lo cual, que la duda esté presente cada vez que nace y renace la filosofía, implica que ésta es tarea que surge en el contexto de una crisis histórica (p. 100). De modo que el caer en la duda a nivel personal se extiende a nivel social, y de lo cual resulta una crisis histórica.

Hallarse en un mar de dudas es lo contrario a hallarse en la tierra firme de las creencias. Y es de éstas de lo que resulta más difícil dudar a fuerza de ser infraconscientes, a fuerza de no ser vis-

tas. La duda filosófica, pues, no es un decidir desesperado entre una cosa u otra, sino una duda de fondo genérica, una apertura natural que provoca el permitirse cuestionar lo que se sabe. El destino del filósofo, cita Acevedo a Ortega, es ir por detrás y por debajo de los principios de la ciencia o de la civilización, verles la espalda, su asiento, y de ahí que corra el riesgo de que le envíen a la cárcel o le hagan beber cicuta, porque hace tambalear la aparente, parcial y provisional seguridad a la que se agarran las gentes para estar tranquilas. Una actitud de atenerse a lo que hay junto a la de mantener la apertura de cuestionar eso que hay constantemente caracterizaría al filósofo (p. 130). Así advierte Acevedo que la filosofía es el esfuerzo natatorio que hace el hombre para flotar sobre el mar de dudas, en el que corre el riesgo de irse al fondo (p. 139).

Sin embargo las crisis tienen algo de felicitario; son, como cita Acevedo, una venturosa enfermedad de crecimiento, no hay mejor síntoma de la madurez en una ciencia como la crisis de principios, y cita el ejemplo que pone Ortega de la física. Lo cual podría extenderse al ámbito personal, y cabría el hombre felicitarse por sentirse perdido, de ahí que Ortega hable del naufrago como metáfora de la certeza que da la honestidad, aunque ésta sea no saber dónde se está ni a dónde se va, pues es el primer paso, imprescindible para poder orientarse, reconocer, asumir, la propia frontera.

La cultura, pues, en principio, está formada por el sistema de creencias reinantes en cada tiempo. Y aquí, como bien señala el profesor Acevedo, Ortega mira hacia la universidad, institución

por excelencia encargada de transmitir la cultura. Y entiende Ortega que su misión no estaría tanto en transmitir las creencias y saberes acumulados por el pasado sino en lograr que muchos individuos posean un sistema de ideas vivas a la altura de los tiempos, esto es, estén al tanto de las cuestiones planteadas en física, biología, historia, sociología, filosofía y se hagan cargo de ellas, las tengan vivas.

Me parece muy importante lo que destaca Acevedo, a saber, que Ortega es un filósofo del siglo XX que ya no ansía dar respuestas rotundas a todos los problemas que nos atañen, pues asume que la vida en su mayor parte seguirá siendo opaca: misterio en gran medida para el hombre, y esto pese a cuanta reflexión, meditación y descubrimiento haga. Lo cual desemboca en señalar Acevedo “que lo que podríamos denominar –muy probablemente de manera inadecuada–, postura metafísica (...), no tiene que ser abandonada”. El filósofo no puede creer de forma cerrada que la realidad se limita a lo que ve o está a su alcance conocer. De modo que, si bien no tiene a su alcance conocer la “Luna”, sí puede concebir algún dedo que apunte a la “Luna”.

Otro acierto del profesor Acevedo es señalar que los valores no fueron un tema orteguiano. Así califica fundamentalmente de “isla dentro de su pensamiento” el artículo “¿Qué son los valores? Iniciación a la estimativa”, artículo que escribió Ortega, como dice Acevedo, para exponer el debate axiológico tal como se daba en ese momento, pero que no tiene precedentes ni consecuentes en la obra del filósofo. Ortega

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

no se haría solidario después, afirma Acevedo, de esa explicación, y destaca que por su parte Paulino Garagorri advierte que “el concepto «valor» fue desechado por Ortega en la exposición de su filosofía”. No obstante, destaca Acevedo asuntos importantes del artículo que merecen ser atendidos de manera crítico-constructiva, como sus referencias a la perspectiva estimativa. Con todo, las clásicas polaridades entre valores positivos y negativos, superiores e inferiores, etc., con que se pretende encasillar férrea y dogmáticamente la inaprensible realidad, y que han dado y dan lugar a los distintos partidos y a tantos enfrentamientos, no pueden ser asunto menos orteguiano. Pues si algo subyace como latido constante en cada página de la obra de Ortega es su veracidad o fidelidad a la realidad, por sí cambiante, contradictoria, incierta, en estrecha co-dependencia de su circunstancia, a la vez también cambiante y contradictoria. De ahí que la obra de Ortega, al ser por excelencia integradora incluso de opues-

tos, no sea con facilidad entendida, pues requiere de lectores maduros, capaces de asumir un grado alto de incertidumbre y de paradoja. El lector que busque clasificaciones, departamentos y fórmulas con que colocar, dividir y cerrarse a una parte “buena”, “valiosa”, de la realidad, desestimando la otra parte “mala” o “no valiosa”, no va a encontrar satisfacción en una obra como la de Ortega que se despliega sin temor de estar, como la realidad misma, abierta por los cuatro costados a lo uno y a lo otro.

Con todo, destaca el autor que Ortega resalta, frente a toda la tradición filosófica que contrapone lo metafísico a lo histórico, que los asuntos metafísicos no son contrarios a la historicidad, sino que ambos aspectos están integrados en lo humano.

Es el libro del profesor Acevedo el libro de un filósofo pensando junto a otro filósofo, sin pretender juzgar ni etiquetar estérilmente el uno al otro, sino disfrutar, al pensar juntos, lo que significa vivir humanamente.

## SOBRE LOS MAESTROS Y AMIGOS DE JULIÁN MARÍAS. UNA NOTA

GARCÍA NORRO, Juan José (coord.): *Julián Marías: maestros y amigos*. Madrid: Escolar y Mayo, 2015, 170 p.

HELIO CARPINTERO  
ORCID: 0000-0003-2759-1704

**S**e ha presentado en la Fundación Ortega-Marañón un interesante libro, *Julián Marías: maestros y amigos* (Madrid, Escolar y Mayo eds., 2015), coordinado por el Dr. Juan José

García Norro, que reúne una serie de charlas y trabajos en torno a ese tema, organizados por la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid el pasado año. En el acto de presentación, coordinado por el Dr. Javier Zamora, han intervenido los doctores García Norro, Jaime de Salas, catedrático de Filosofía, y Rafael Orden, decano, todos ellos de la mencionada Facultad, junto con el autor de esta nota.

### Cómo citar este artículo:

Carpintero, H. (2016). Sobre los maestros y amigos de Julián Marías. Una nota. Revisión de “Julián Marías: maestros y amigos”. *Revista de Estudios Orteguianos*, (33), 235-239.  
<https://doi.org/10.63487/leo.324>